



CEU

*Universidad
San Pablo*

**Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación**

Cien años después La crisis de valores en Europa

Alejandro Muñoz-Alonso

Catedrático de Opinión Pública

Festividad de San Isidoro de Sevilla y de
San Francisco de Sales

Abril de 2014



CEU | *Ediciones*

Cien años después
La crisis de valores en Europa

Alejandro Muñoz-Alonso
Catedrático de Opinión Pública

Festividad de San Isidoro de Sevilla y de
San Francisco de Sales
Abril de 2014

Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo

Cien años después. La crisis de valores en Europa

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2014, Alejandro Muñoz-Alonso
© 2014, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU *Ediciones*
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Depósito legal: M-10530-2014

Sumario

1. Salutación.....	7
2. Los orígenes de la crisis de valores en Europa	10
3. El colapso de todas las certidumbres.....	14
4. Europa se pone nuevamente en pie.....	17
5. El regreso de los viejos demonios.....	20
Bibliografía.....	29

*"La historia no progresa sino por una serie de fracasos humanos
que son siempre compensados por nuevos esfuerzos de Dios
para hacer entender quién es Él realmente"*

1. Salutación

Por razones no solo de cortesía sino de justicia y reconocimiento, creo que debo comenzar esta intervención con unas palabras de agradecimiento a la Junta de Gobierno de nuestra Universidad, que me ha hecho el honor de encomendarme este discurso, y, muy especialmente, al Decano de mi Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, Dr. D. José Francisco Serrano Oceja, que ha hecho la propuesta. Sus desvelos y atenciones merecen esa clase de gratitud que no cabe en ninguna frase, por afortunada que esta fuera.

Celebramos la festividad de nuestro Patrono, San Isidoro de Sevilla, que en sus famosas *Etimologías* fue capaz de reunir el saber de su época, contribuyendo decisivamente a conservar el legado greco-romano, que corría el riesgo de perderse en aquellos oscuros tiempos de la Alta Edad Media. Contribuyó con su hermano mayor, san Leandro, a que la monarquía visigótica abjurase del arrianismo y se convirtiese, con el rey Recaredo I, en el III Concilio de Toledo, al catolicismo romano, y con su *Historia de regibus Gothorum* fue, seguramente, uno de los primeros escritores que presenta a aquella Hispania visigótica, como un país unido y con identidad propia. Como ha escrito uno de mis maestros, José Antonio Maravall, “el carácter básico que la obra isidoriana tiene en la cultura de nuestra Edad Media da a su concepción hispánica un valor excepcional. Actúa, con tantos otros, como un factor de integración de nuestro disperso Medievo y es una de las razones, entre otras muchas, por las que en nuestra Edad Media subsiste, a pesar de las fuerzas contrarias, un sentimiento de comunidad”. Dada la difusión de su obra en los siglos medievales, fue así san Isidoro uno de los más importantes elementos que contribuyó a mantener “el concepto de España en la Edad Media”, por usar el título de la obra señera del mismo Maravall.

Para mí, personalmente, este acto tiene la importancia de celebrarse cuando han pasado 56 años desde que inicié mi actividad académica, como profesor, en el

CEU. Un CEU aquel, centro privado dependiente de la Universidad Complutense, cuando todavía no existía siquiera la categoría de Colegio Universitario. Durante aquella primera etapa, que había de prolongarse durante más de treinta años, fui profesor en la División de Derecho y expliqué Derecho Político, según la terminología de la época, antes –y después– de que se transformase en Derecho Constitucional. Recuerdo, con una inevitable añoranza, aquellos primeros años de docencia, pero también de formación, en los que aprendíamos, al tiempo que enseñábamos a nuestros jóvenes alumnos. No existía siquiera el edificio de la calle Julián Romea y dábamos las clases en los bajos del Colegio Mayor San Pablo, donde coincidía con otros profesores, algunos inolvidables como Pío Cabanillas Gallas o Marcelino Oreja Aguirre.

Me propuse, como compromiso personal y académico, explicar lo que yo entendía que debía ser el futuro de nuestro país y proponía a mis alumnos la idea de una España regida por instituciones democráticas y plenamente integrada en Europa. Y lo pude hacer porque en el CEU se respiraba un ambiente de libertad y tolerancia, que no era muy habitual en aquellos años finales de la década de los cincuenta y primeros de la de los sesenta del siglo pasado. He tenido después la satisfacción de encontrarme con antiguos alumnos que me han reconocido la importancia que tuvieron para ellos aquellas explicaciones que pretendían enseñarles cómo es y cómo funciona una democracia moderna y una sociedad abierta, basada en la idea de libertad. Y no puedo olvidar las conversaciones fuera del aula en las que, muchos de ellos, indagaban cómo había de ser el futuro de España, que ellos trataban de adivinar, con esperanza e ilusión.

Cuando, tras la Transición, España alcanza la meta democrática fue una satisfacción poder explicarles la Constitución de 1978 y sus precedentes históricos. Con curiosas anécdotas, como la ocurrida aquel 23 de febrero de 1981, de malhadada memoria, en que por los azares del programa, me correspondió explicarles, en mi clase de las 4 de la tarde, los pronunciamientos militares del siglo XIX y sus diferencias con los golpes de estado modernos. Cuando volví a clase al día siguiente me preguntaban ansiosamente los alumnos si yo sabía lo que iba a ocurrir en el Congreso de los Diputados apenas una hora y media después de que acabase la clase. Evidentemente yo no sabía nada, pero me cupo la pequeña satisfacción de haber condenado por anticipado aquella lamentable peripecia.

Cuando gané en la Complutense y en la Facultad de Ciencias de la Información la cátedra de Opinión Pública –la primera de esta denominación, lo que me obligó, en el mejor sentido de la palabra a “inventarme” la asignatura– el director del

CEU, Dr. D. Rafael Pérez Álvarez-Osorio, a quien quiero rendir el homenaje de mi recuerdo y de mi afecto, que me pidió que aceptase el encargo de coordinador de la División de Periodismo que, en aquella estructura ya de Colegio Universitario, venía a desempeñar las funciones de una especie de Decanato. Lo asumí con entusiasmo y dedicación, estrenamos el edificio de columnas y creo que hicimos una positiva tarea académica. Recluté a nuevos profesores –algunos de los cuales han escalado después los más altos niveles de la jerarquía académica en esta Universidad– modificamos en la medida de lo posible los planes de estudio, creamos nuevas asignaturas optativas para que los alumnos pudieran conocer el periodismo de tribunales, el científico, el político-parlamentario, el deportivo... Creamos un seminario de seguridad y defensa para que pudieran conocer a fondo el nuevo mundo que se configuraba después de la caída del Muro de Berlín o para comprender el significado de las guerras de la antigua Yugoslavia. Completamos los estudios de radio y creamos un primer estudio de televisión. Y creo que pusimos aquella División de Periodismo en disposición de convertirse en la Facultad que es hoy, cuando el Colegio Universitario se convirtió en Universidad privada, tras ser aprobada su creación por Ley de Cortes.

Desde entonces seguí explicando en la ya Facultad de Humanidades y Periodismo la asignatura de Opinión Pública y cursos de Doctorado relacionados con ese mismo tema y con la comunicación política. Como es natural, he tenido alumnos de muy distintas características, pero recuerdo con especial satisfacción a muchos de ellos que han tenido merecido éxito en el ejercicio profesional, en el mundo de los medios, en el ámbito de la comunicación de empresas y asociaciones y, desde luego también, en el académico. Sería imposible citar todos esos nombres, algunos muy conocidos, pero no quiero dejar de aludir, con todo afecto, a la Dra. D^a. María Alcalá-Santaella, brillante alumna mía en su momento y hoy directora del Departamento de Periodismo, en el que estoy integrado.

Si me lo permiten, les diré que, además de esta intensa y vocacional dedicación académica, he hecho muchas más cosas en mi vida profesional. Practiqué en el periodismo activo, todavía en plena dictadura, como cofundador de *Cambio 16* y de los demás medios de aquel Grupo, del que fui vicepresidente durante quince años, he sido columnista de varios periódicos, notablemente durante otros quince años en *ABC* y otros diferentes medios escritos y radiofónicos. Finalmente, me dediqué a la política, primero en el Congreso de los Diputados y después en el Senado, donde todavía sigo.

Pero en ningún momento de esta actividad, creo que también intensa y compleja, he abandonado mi condición de profesor en el CEU. La académica es mi vocación inicial y el CEU ha sido para mí, mi casa, en la que nunca he dejado de estar. Me he sentido siempre identificado con lo que ha representado y representa como institución en la vida española. He compartido y comparto los valores y principios que le dio D. Ángel Herrera Oria y he hecho mío, porque es mi propia visión del mundo y de la vida, el ideario del humanismo cristiano. Por eso, después de tantos años de una vida que, gracias a Dios, es ya larga, he estado y dejado de estar en diversas instituciones, pero siempre he permanecido en el CEU. Este CEU que es tan distinto de aquel en que empecé hace más de medio siglo, pero que sigue manteniendo su espíritu fundacional y proyectándolo sobre la sociedad española, muy especialmente en el esencial ámbito académico.

2. Los orígenes de la crisis de valores en Europa

Pero, señoras y señores, yo quería hablarles hoy de Europa, de nuestra Europa, nuestra Patria Grande, que se esfuerza por salir de una crisis económica, pero que no parece darse cuenta de que sus males son mucho más profundos porque proceden de una crisis de civilización que ni siquiera se ha logrado diagnosticar adecuadamente.

Y les quiero hablar de Europa precisamente ahora, en 2014, un siglo exacto después de que nuestro continente se despeñara por un abismo de barbarie, abriendo un periodo de horror y desconcierto que habría de prolongarse en muchas de sus consecuencias hasta ahora mismo. Hobsbawm y algún otro historiador han escrito que entonces empezó la Segunda Guerra de los Treinta Años ya que, con el intermedio del periodo llamado de Entreguerras, habría de durar hasta 1945. Pero si la Guerra de los Treinta Años del siglo XVII dejó a Alemania arrasada, esta del siglo XX dejó a la mayor parte de Europa destruida y dividida, con su parte central y oriental sometida a la opresión del totalitarismo comunista.

Aquella brutal destrucción de Europa se llevó por delante muchos millones de seres humanos y produjo sufrimientos indecibles en muchos millones más. Destruyó una importante parte de nuestro común patrimonio histórico y cultural y dejó a Europa sumida en la confusión, la pérdida de la propia identidad y el desasosiego más profundo. Ha habido momentos en que parecía que quería y podía levantarse de ese estado de postración, pero al final predomina esa crisis de identidad que las mentes más lúcidas atribuyen a la pérdida de sus valores y de sus raíces históricas. Y adelantaré que yo comparto ese diagnóstico.

La conmemoración de ese centenario ha provocado la aparición de nuevos libros que tratan de aclararnos qué pasó en aquella Europa que parecía feliz y confiada en su futuro y que de pronto se vio sumida en la conflagración más brutal que ha presenciado la historia de los siglos, y que habría de prolongarse en la aún más salvaje II Guerra Mundial entre 1939 y 1945.

En uno de esos libros recientes, *The War that ended Peace*, su autora, Margaret MacMillan, tomando como pretexto la brillante Exposición Universal que se celebró en París en 1900, escribe que “los europeos tenían buenas razones para sentirse satisfechos con su pasado reciente y confiados en el futuro. Los treinta años transcurridos desde 1870 habían producido una explosión de producción y de riqueza y una transformación de la sociedad y del modo de vida de la gente. Gracias a alimentos mejores y más baratos, a mejoras en la higiene y a espectaculares avances de la medicina, los europeos vivían más tiempo y sus vidas eran más saludables”. Aquella Europa, podemos añadir, era el faro del mundo, se vivía un anticipo de la globalización sin fronteras ni pasaportes. Las banderas de las grandes potencias europeas flameaban en todos los continentes a los que la colonización, con sus luces y sus sombras, había llevado la modernidad, pero también la opresión y el sometimiento a los intereses e incluso a los caprichos de las metrópolis. Europa se sentía orgullosamente feliz y los franceses no vacilaron en bautizar aquel periodo como *la belle époque*.

Pero detrás de aquella luminosa fachada no todo era brillante ni satisfactorio. Millones de europeos se veían forzados a emigrar a las Américas. Solo a Estados Unidos llegaron veinticinco millones de europeos en las dos últimas décadas del siglo XIX. Max Hastings, en otro de esos libros recientes, el titulado *1914. El año de la catástrofe*, escribe que “solo una persona con voluntad de permanecer ciega a los acontecimientos del mundo podría referirse a los primeros años del siglo XX como una época de tranquilidad; mucho menos de satisfacción. Más bien al contrario: se vivía un momento de agitación, de pasiones y frustraciones, de novedades científicas e industriales, de ambiciones políticas irreconciliables, que provocaron que muchas de las primeras figuras de la época reconociesen que el viejo orden estaba dejando de ser sostenible”. Como se ve, los historiadores no perciben los tiempos pasados de manera idéntica.

Muchos años antes, en 1835, Tocqueville había escrito en la introducción de su famoso libro *La democracia en América* que la igualdad de condiciones, que tanto le había impresionado en los Estados Unidos, era inevitable que llegara a Europa y que “aquella misma democracia que reinaba en las sociedades

americanas avanzaba –decía él– en Europa rápidamente hacia el poder”. Sin embargo lo que llegó a Europa después de la I Guerra Mundial fue, no la democracia sino la nefasta moda de los totalitarismos que arrumbó a los nacientes experimentos democráticos como algo superado y sin futuro. Todo ello llevó, ya hace años, a un autor alemán, Ernest Nolte, a calificar a aquel periodo como “la época fascista”, ya que estima que el virus del autoritarismo y de la opresión se dejó sentir y a veces, se imprimieron sus nefastas huellas incluso en las pocas sociedades que querían seguir siendo democráticas.

A los europeos de ahora nos gusta presumir de democráticos, no hay más que ver el uso y el abuso que hacemos del sustantivo y del adjetivo. Pero tendríamos que ser mucho más humildes. Si nos situamos en 1940, con el comunismo instalado en la Unión Soviética, los países bálticos y parte de Polonia y el nazi-fascismo controlando la mayor parte de Europa occidental y central, solo el Reino Unido, Suiza y Suecia estaban regidos por sistemas democráticos. El resto se hallaban sometidos a la ocupación hitleriana o a dictaduras de uno u otro estilo.

¿Qué le había pasado a Europa? A esta Europa milenaria que había protagonizado el experimento civilizatorio más exitoso de la historia de la humanidad, a partir de tres primordiales fuentes nutricias: La griega, que había aportado la idea de razón, el amor por el conocimiento, por el saber y la naturaleza de las cosas, la filo-sofía y ya, con el estoicismo, la igualdad de todos los hombres. La romana, que aportó la idea del Derecho, de la Justicia de la que procede la Ley, como afirmaron los clásicos. Y, en tercer lugar, la aportación cristiana, que se basa en la dignidad del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza, dignidad de la que procede la idea de conciencia, exclusiva de nuestra civilización, y que implica el respeto a ese reducto íntimo de cada persona, en la que nadie puede entrar. Porque, como decían los canonistas medievales, *de internis neque Ecclesiae*. En la intimidad de la persona ni la Iglesia tiene derecho a injerirse. No se da en otras religiones esta idea de conciencia pues en ellas el individuo no tiene existencia propia si no es dentro de la comunidad de los creyentes, como en el islam, o se disuelve en el nirvana, como en las religiones orientales.

George H. Sabine –uno de los más importantes autores del pensamiento político del siglo XX– refiriéndose a esta influencia del cristianismo en nuestra civilización escribe que “la creencia en la autonomía espiritual y el derecho de libertad espiritual dejó un residuo sin el cual serían muy difíciles de entender la ideas modernas de intimidad y libertad individuales”. Y es que, a partir de esas ideas de dignidad de la persona y de su conciencia se despliegan los derechos humanos,

las libertades personales, que los occidentales consideramos universales pero que en otras civilizaciones no se aceptan como tales. En un país islámico he oído decir a un político que la Declaración Universal de 1948 ellos no la aceptaban ya que tenían otra inspirada en los valores del islam. Como he leído en un libro musulmán que los derechos de las mujeres nunca podrían ser iguales a los de los hombres porque son seres muy diferentes. Como mucho, este autor se inclinaba por aceptar “derechos equivalentes”.

¿Cómo pudo llegar Europa, a partir de los nobles fundamentos que acabamos de aludir, a los horrores de la guerra total, que ya no enfrentó a ejércitos contra ejércitos sino a sociedades enteras contra sociedades enteras, en una orgía de violencia y destrucción como nunca había contemplado el mundo? Ni los hunos de Atila, ni Genghis Khan y sus mongoles, ni Tamerlán, ni tantos otros invasores que tanto miedo produjeron en la Europa medieval, causaron tanta desolación ni hicieron tanto mal a tanta gente.

Creo que la única respuesta válida es que Europa se olvidó de sus valores y arrumbó los ideales que la habían conformado a lo largo de dos milenios. Un autor francés, Paul Hazard, en un libro ya viejo, pero que es todo un clásico y que lleva el significativo título de *La crisis de la conciencia europea*, afirma que todo empezó en el tránsito del siglo XVII al XVIII. El subtítulo de su libro son dos fechas, 1680-1715, y su tesis es que en esos treinta y cinco convulsos años se echaron las raíces de las transformaciones que solemos atribuir a la Ilustración. Según este autor se produce un cambio de mentalidades y como escribe en las líneas iniciales del prefacio: “La jerarquía, la disciplina, el orden que la autoridad se encarga de asegurar, los dogmas que regulan la vida firmemente: eso es lo que amaban los hombres del siglo XVII. Las trabas, la autoridad, los dogmas, eso es lo que detestan los hombres del siglo XVIII, sus sucesores inmediatos”. Y añade: “La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet; de repente, los franceses piensan como Voltaire: es una revolución”. Algo parecido pasaba en los demás países europeos, en cada uno de ellos a su ritmo y según sus propias peculiaridades.

Por supuesto, la Ilustración llevará a sus últimas consecuencias estos planteamientos que tratan de partir de cero, haciendo borrón y cuenta nueva de toda la historia anterior. Con el instrumento de la razón se trata de construir un mundo nuevo, liberado de tradiciones, dogmas, normas y precedentes. Un cierto neopaganismo opondrá, como incompatibles, la razón a la fe, echando por tierra la tesis del Aquinatense que había tratado de conciliarlas. Se impone la

secularización, que mundaniza lo sagrado o, como explicaba otro de mis maestros, Díez del Corral, la profanización, en virtud de la cual lo sagrado no se mundaniza sino que, simplemente, desaparece. Cualquiera idea de transcendencia carece de sentido. Todo es materia.

Como ha escrito Benedicto XVI cuando era cardenal Ratzinger, refiriéndose a los efectos de la Revolución francesa: “La fundamentación sagrada de la historia y de la existencia del Estado es rechazada: La historia ya no se mide en adelante sobre la base de una idea de Dios, que la precede y la da forma; el Estado se considera en términos puramente seculares, fundado sobre la racionalidad y sobre la voluntad de los ciudadanos”. Se entiende que “religión y fe en Dios pertenecen al ámbito del sentimiento, no al de la razón y, en consecuencia, Dios y su voluntad dejan de ser relevantes en la vida pública”. El paulino *Nihil est potestas nisi a Deo* ha dejado de tener sentido y sus consecuencias han llegado hasta nosotros. Seguro que lo han notado, señoras y señores, ningún político europeo se atreve a citar en público, ni de pasada, el nombre de Dios. No es políticamente correcto. El mundo puede vivir sin ninguna referencia transcendente.

A partir de ahí, el mismo Ratzinger dará un interpretación al actual renacimiento del islam ya que, escribe, que ese renacimiento “se alimenta del convencimiento de que el islam está en condiciones de ofrecer una base espiritual válida para la vida de los pueblos, una base que parece haberse ido de la manos, huida, a la vieja Europa condenada a la decadencia y al crepúsculo”. Es decir, el Papa emérito ve al islam decidido a llenar el vacío espiritual que se percibe en las sociedades occidentales. Cualquier observador atento de nuestro mundo actual puede encontrar síntomas patentes que confirmarían esa hipótesis.

3. El colapso de todas las certidumbres

Pero me parece que es en la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros años del XX cuando estas ideas negadoras de la tradición milenaria de Europa llegan a las grandes masas y se produce lo que, en alguna ocasión, he denominado *el colapso de todas las certidumbres*, que se concreta en el hundimiento o disolución de las bases o certezas sobre las que el hombre occidental había construido su vida durante dos milenios.

Este colapso creo que se puede concretar en tres nombres, Marx, Nietzsche y Freud, que echan por tierra las certidumbres seculares sobre las que se había fundamentado nuestra civilización y, en concreto, el pensamiento occidental.

Marx destruirá la posibilidad de una verdad objetiva con su tesis de que no es la conciencia la que determina la existencia, sino, por el contrario, es la existencia real, la situación de cada uno de nosotros en el proceso productivo o, más exactamente, nuestra pertenencia a una u otra clase social, la que determina nuestra conciencia, nuestra visión del mundo, que no es más que una superestructura derivada de la infraestructura económica. La verdad queda sustituida por la ideología, más en concreto, por las ideologías, pues cada uno cree y ve a su entorno de acuerdo con sus intereses de clase.

Freud llegará a conclusiones similares a partir de su concepto del subconsciente, donde radica lo que sabemos sin saber que lo sabemos, porque en la dialéctica entre el principio de la realidad y el principio del placer siempre vemos lo que más nos acomoda en un proceso permanente de autoengaño, como en la fábula de la zorra y las uvas. Como ha señalado Paul Johnson, uno y otro, Marx y Freud, no solo insistirán en que el mundo no es lo que parece sino que echarán por tierra la secular filosofía de la responsabilidad personal, como lo harán –según este historiador británico– escritores como Marcel Proust o James Joyce para los cuales el ejercicio de la voluntad individual deja de ser el rasgo más interesante de la conducta humana.

Esa falta de voluntad individual convierte a la vida personal en una permanente mentira. Como escribe René Girard, refiriéndose a Jean de Santeuil –uno de los personajes más notorios en la obra de Proust– “con toda evidencia él constituye por sí mismo una mentira perpetua, mentira quizás invisible, pero que es aún más engañosa, más mentirosa, precisamente porque es vivida como expresión de sinceridad”.

Era un eco remoto y, al mismo tiempo, una obligada consecuencia del añejo optimismo antropológico de Rousseau para quien el hombre es bueno por naturaleza y es la sociedad la única responsable del mal. Queda así descartada la tesis cristiana del hombre “defalciente”, que distingue perfectamente el bien del mal, pero que se siente tentado y seducido por éste. Una tesis que ya había anticipado el romano Ovidio: *Video bona, proboque, deteriora sequor*: Veo lo bueno, y lo apruebo, pero me dejo arrastrar por lo malo.

Se ponen así las bases del relativismo, al que después me referiré. Los conceptos del bien y del mal quedan arrumbados por obsoletos porque todo depende de la perspectiva del observador. Y si no hay bien ni mal sobra también cualquier referencia a Dios.

Como Feuerbach y algunos otros, Nietzsche ya había echado por tierra la más importante de las certidumbres sobre las que se había basado la civilización occidental cuando en 1886 escribió: “El acontecimiento más grande de los tiempos recientes –que Dios ha muerto–, que la creencia en el Dios cristiano ya no es defendible comienza a proyectar sus primeras sombras sobre Europa”. La milenaria moral cristiana, que había permanecido vigente a pesar de los contratiempos que supusieron el Renacimiento, la Reforma o la Ilustración queda arrumbada, como una “moral de esclavos” y su vacío será ocupado por la voluntad de poder, propia del superhéroe nietzscheano. Se abre así la puerta al totalitarismo que, como anticipará Carl Schmitt en su *Teoría de la Constitución*, publicada en 1927, es decir antes de la llegada de Hitler al poder, sustituye la primacía de la Ley por un decisionismo –nuevamente de actualidad, por cierto– que llegará a atribuir al *Führer*, encarnación y expresión del *Volk*, la exclusiva capacidad de decidir sin atenerse a norma alguna. Lenin –padre fundador e inspirador de todos los totalitarismos– ya había hecho algo similar con su teoría del Partido Comunista como vanguardia del proletariado, protagonista de la historia en el marxismo, llamado, además, a monopolizar el poder a través de su duradero invento del partido único, que debía hacer realidad la marxiana dictadura del proletariado.

Johnson añade a este trío, Marx, Freud, Nietzsche, a un involuntario Einstein que, publicó en 1905 su *Teoría Especial de la Relatividad* donde afirma que el espacio y el tiempo son términos de medición relativos, y contribuyó así a que se difundiera la idea de que no existen absolutos, ni en el tiempo ni en el espacio, ni en el bien y el mal, ni en el saber y, sobre todo en el valor. “En un error quizás inevitable –escribe Johnson– vino a confundirse la relatividad con el relativismo”. “La relatividad –dirá este mismo autor– fue una de las principales influencias formadoras en el curso de la historia del siglo XX. Cumplió la función de un cuchillo, esgrimido inconscientemente por su autor, que ayudó a cortar los amares tradicionales de la sociedad en la fe y la moral de la cultura judeocristiana”

Aunque añadiré que “Einstein no era un judío practicante, pero reconocía la existencia de un Dios. Creía apasionadamente en la existencia de normas absolutas del bien y del mal. Consagró su vida profesional a la búsqueda, no solo de la verdad, sino de la certidumbre...Vivió para ver que el relativismo moral, a su juicio una enfermedad moral –continúa Johnson– se convertía en una pandemia social, así como vivió para ver que su fatal ecuación $[E=mc^2]$ promovía el nacimiento de la guerra nuclear”. No puede extrañar, por eso que “hacia el final de su vida dijera a veces que había momentos en que deseaba haber sido un sencillo relojero”.

Con la desaparición de Dios del universo intelectual europeo se habían echado las semillas de la cultura de la muerte que alcanzará su culminación en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría. Ya en 1974 Michel Serres escribirá que “la empresa científica y tecnológica moderna está centrada en la muerte, todo se organiza para ella y en torno a ella”. Era la época en que las dos grandes potencias basaban su estrategia en la “Destrucción Mutua Asegurada”, MAD esto es “loco” por sus siglas en inglés. La Creación deja de tener sentido cuando se ha prescindido del Creador.

4. Europa se pone nuevamente en pie

Lo que quedaba de sano en Europa se ve forzado a enfrentarse con el totalitarismo nazi-fascista, pero esa obligada lucha se ve lastrada casi desde el principio cuando la invasión de la Unión Soviética por Hitler, convierte a las democracias occidentales en compañeros forzados del totalitarismo comunista. De esa extraña colusión, lo que se llamó la Gran Alianza, provienen muchos de los males que Europa y el mundo había sufrido en la segunda mitad del siglo XX. Toda esa etapa que hemos denominado la Guerra Fría, que fue un periodo de opresión y miseria para tantos millones de seres humanos, en Europa y en otros continentes. Porque, solo con muchas reservas, se puede afirmar que la II Guerra Mundial supuso la victoria de la democracia y la libertad sobre los totalitarismos. Ya que el comunista, que había sido esencial para la derrota de Hitler, salió reforzado y expansivo de la contienda.

No obstante, el carácter espiritual, incluso religioso, de la lucha contra el totalitarismo nazi se puso de relieve desde muy pronto, aunque pocas veces se recuerde. Churchill, un hombre escasamente practicante pero que había definido la guerra contra Hitler como una “defensa de la civilización cristiana”, se desplazó en secreto hasta Terranova para entrevistarse con Roosevelt, cuando los Estados Unidos no habían entrado aún en la guerra. Era el mes de agosto de 1941. En los mismos barcos en que habían navegado los dos dirigentes políticos se firmó la Carta del Atlántico, que era una declaración de principios que había de orientar el esfuerzo bélico contra Hitler, al que Roosevelt iba a contribuir, a pesar de su neutralidad. Concluidos los acuerdos, Churchill preparó para el domingo 10 de agosto, una ceremonia religiosa en el mismo puente del *Prince of Wales*, en que se había desplazado hasta aguas americanas, e incluso eligió cuidadosamente los cánticos religiosos que allí se entonaron. El primero de aquellos himnos era bien significativo:

Oh Dios, nuestra ayuda en tiempos pasados,
nuestra esperanza en los años por venir,
nuestro refugio cuando truena la tormenta,
y nuestro eterno hogar...

Un testigo presencial, el escritor Morton, que actuaba como cronista del acontecimiento, escribió: “Nunca había habido una escena como ésta, una escena que parecía de otro mundo, concebida en líneas tan diferentes de las propias de los amos paganos del Eje, una escena enraizada en los primeros principios de la civilización europea que se remontaba a la figura de Carlomagno, arrodillándose ante el Papa en la mañana de Navidad”, escribe Morton recordando la coronación como emperador de Carlomagno el año 800. A Churchill se le saltaron las lágrimas y tuvo que sacar un pañuelo del bolsillo para enjugarlas, mientras se cantaba otro himno que animaba a los soldados cristianos a marchar a la guerra con la cruz de Jesús. Los párrafos de la Biblia que se leyeron en la ceremonia estaban perfectamente elegidos para subrayar el carácter religioso, cristiano, de la guerra contra el totalitarismo. Para Churchill aquella guerra era algo muy parecido a una cruzada contra el neo-paganismo nazi.

Cuando termina la II Guerra Mundial, en 1945, Europa era un cadáver cuya resurrección parecía imposible y fue un reducido grupo de hombres católicos que, con una enorme lucidez, vieron que solo recuperando los valores tradicionales de Europa y superando los estrechos nacionalismos que habían sumido a Europa en la tragedia, habría un nuevo futuro para el destruido continente. Adenauer, De Gasperi y Schuman, inspirados en los proyectos elaborados por Jean Monnet, son quienes idean la fórmula de las Comunidades Europeas pero, sobre todo, quienes insuflan a la naciente idea europea las convicciones espirituales que eran las suyas. Como escribe el ya citado Paul Johnson refiriéndose a los dos primeros, “ambos eran hombres de las regiones de frontera, católicos devotos, antinacionalistas, hombres que reverenciaban a la familia como unidad social, odiaban al Estado (salvo como una necesidad mínima y lamentable), y creían que la característica más importante de la sociedad organizada debía ser el imperio del derecho, que a su vez debía reflejar el Derecho Natural, es decir, el predominio de los valores absolutos”, A ellos hay que añadir Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, que tuvo graves dificultades en su propio país porque, originario de Lorena, entonces bajo dominación alemana, y que había sido suboficial del ejército alemán en la I Guerra Mundial, no se le perdona ese pasado considerado comprometedor. El renano Adenauer, el lorenés Schuman y el italiano del Tirol del Sur, de Gasperi, que había estudiado en Viena

y había sido diputado, representando a la minoría italiana en el Parlamento austriaco, tenían como lengua común el alemán y no puede extrañar que en Francia –temerosa de la recuperación del enemigo histórico– se dijera, críticamente, que “el pasado no ha muerto y sobrevive en el mundo cultural alemán de Adenauer, Schuman y de Gasperi”.

Por eso el Tratado de Roma, firmado en 1953 y que ponía las bases de las Comunidades Europeas, siguiendo la estela de la ya creada Comunidad Europea del Carbón y del Acero, suscitó en Francia muchas resistencias. La IV República era un sistema débil, incapaz de afrontar grandes empresas. Europa le venía grande y el temor a una Alemania renacida era su máxima, quizás única, preocupación. Pocas veces se recuerda que en 1947, el Reino Unido y Francia firman el Tratado de Dunquerque, que tenía como objetivo un pacto de defensa común frente al peligro de una eventual renacida Alemania. En aquel momento se temía más a la próxima, aunque destruida Alemania, que a la lejana Unión Soviética.

Pero fue el regreso de de Gaulle en 1958, contra a lo que a veces suele pensarse, quien dio un nuevo impulso a la idea europea sobre la base de la reconciliación franco-alemana. Objetivo que había parecido insólito e inabordable solo unos cuantos meses antes. Vale la pena prestar una mínima atención a las relaciones entre de Gaulle y Adenauer, que el primero relata con gran detalle y en el espléndido francés que manejaba, en sus *Mémoires d'espoir. Le Renouveau*, título ya de por sí significativo y optimista. Apenas llegado al poder y ante la petición de una entrevista por parte del canciller alemán, de Gaulle le recibe en su casa particular de Colombey-les-Deux-Eglises, el 14-15 de septiembre de 1958, y allí se sentaron las bases de la nueva Europa, “en nombre de sus dos pueblos entre este viejo francés y el aún más viejo alemán, en el marco de una casa familiar con más significación que la que tendría la decoración de un palacio”, como escribe el propio de Gaulle. Desde entonces y hasta mediados de 1962 se intercambiaron cartas unas cuarenta veces y se encontraron en quince ocasiones, consumiendo más de cien horas, a veces solos, a veces en compañía de sus ministros o de sus familias.

Especial significación tuvo la visita oficial de Adenauer a Francia en julio de 1962, es decir cuando todavía no se había concluido el Tratado del Elíseo –el texto oficial de la reconciliación franco-alemana– que no será firmado hasta el 22 de enero de 1963. Como relata de Gaulle, refiriéndose a aquella visita oficial de Adenauer, “el viaje se terminó en Reims, símbolo de nuestras antiguas tradiciones, pero también teatro de muchos enfrentamientos de los enemigos

hereditarios, desde las antiguas invasiones germánicas hasta las batallas del Marne. En la catedral, cuyas heridas no están todavía curadas, el primer francés y el primer alemán unieron sus plegarias para que, en las dos orillas del Rhin, las obras de la amistad reemplacen para siempre a las desgracias de la guerra”.

Creo que estos textos, por sí solos, reflejan el espíritu con que se afrontó la gran empresa de la reconciliación y la unidad de Europa. Un incuestionable espíritu religioso que quería recuperar los valores históricos de una Europa que no podía ni debía renunciar a su milenaria identidad cristiana. A estos cuatro nombres, Adenauer, de Gasperi, Schuman, de Gaulle, creo que sería de justicia añadir el de Churchill, promotor desde 1948 del Movimiento Europeo y defensor, como ya hemos señalado de lo que para él, era, inequívocamente, la civilización cristiana. Y estas cinco figuras señeras de nuestra historia común, podremos contraponerlas a los cinco nombres a los que nos hemos referido –siguiendo a Johnson– como autores o promotores del colapso de las históricas certidumbres europeas, Marx, Freud, Nietzsche, Proust, Joyce. El sexto sería Einstein, que involuntariamente contribuyó a ese derrumbe. Pero no lo podríamos contraponer al sexto gran europeo, Jean Monnet, que muchas veces desde las bambalinas de su condición de alto funcionario, fue un decisivo y voluntarioso actor de la gran empresa.

5. El regreso de los viejos demonios

Pero aquellos esperanzadores principios no tuvieron continuidad. Por qué se olvidó aquel primer impulso, tan decisivamente espiritual, es un problema complejo, pero quizás de resolución no tan difícil. Por una parte, la persistente siembra de más dos siglos de ideas contrarias a la congénita tradición europea había producido frutos que los años de hierro, fuego y sangre no habían logrado aventar. Por la otra, es patente que al proceso de integración europea se sumaron otras gentes que no compartían la visión de los Padres Fundadores a que me he referido. Querían también una Europa unida, pero sobre unos supuestos radicalmente diferentes. Apostaban por una Europa laica, pero con un laicismo muy alejado del modelo americano que establece en la Primera Enmienda de su Constitución una neta separación de lo político y lo religioso (“El Congreso no hará ninguna ley estableciendo una religión o prohibiendo el libre ejercicio de cualquier otra”), pero desde un innegable respeto al hecho religioso, que no en vano los *pilgrim fathers* habían llegado a las desoladas costas de América del Norte huyendo de la persecución religiosa. Por eso en la Declaración de Independencia se habla de Dios desde el primer párrafo y en el segundo se

afirma solemnemente que es el Creador quien atribuye a los hombres, a cada uno de los hombres, determinados derechos inalienables. Es un laicismo no solo compatible con el hecho religioso sino que lo considera como un fundamento de la nueva sociedad que se crea.

Por el contrario, el laicismo que se impone e impera en Europa es directo hijo de la Revolución Francesa basado en el odio a la Iglesia y en un feroz anticlericalismo. Es toda una ironía de la historia que casi al mismo tiempo que los americanos proclamaban –en el último párrafo de la Declaración de Independencia– su “firme confianza en la Divina Providencia” los franceses entronizaban en Notre Dame de París a la diosa Razón. Es el laicismo del Voltaire de “aplastad al Infame”, refiriéndose a la Iglesia católica, aunque en otro momento confesará su creencia en Dios, aunque su Dios es el de los deístas que, precisamente, niega la Providencia. Es también, ya mucho más tarde, el laicismo del filósofo Alain que proclamaba que había que “laicizar al hombre entero”–que quería decir arrancar de él cualquier atisbo de cristianismo– o del socialista Jaurés que pedía “levantar sobre las ruinas de la fe católica, una fe nueva, la del socialismo triunfante”. Aunque, paradójicamente, parece que quiso que sus hijos se educaran en un colegio religioso. El profesor Marcelo Pera, al que me referiré más adelante, estima que este tipo de laicismo “ha conducido a Europa fuera de la cristiandad, fuera de Occidente, fuera de su propia historia. En una palabra –concluye– la Europa de hoy está fuera de sí misma”.

Personalmente tuve ocasión que comprobar la resistencia de Europa a reconocer sus raíces tradicionales cuando en 2002-2003, como miembro que fui de la Convención Europea que preparó la “Constitución para Europa”, algunos convencionales españoles, junto con los polacos y algún italiano, no conseguimos que en el preámbulo de aquel texto –rechazado por sendos referendos en Francia y los Países Bajos– se incluyera una mención al legado o a las raíces cristianas de Europa. Una variante ideada por los polacos y que se refería al “legado judeo-cristiano”, que apoyamos también, no tuvo mejor suerte. Transformado aquel texto en el vigente Tratado de Lisboa el preámbulo no puede ser más superficial: “Inspirándose en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de Derecho”. No se quiso ir más allá para evitar las susceptibilidades de quienes rechazaban cualquier alusión a la fundante herencia cristiana.

Pero hay atisbos de que empieza a percibirse que ese laicismo, así entendido, es un oscuro y peligroso callejón sin salida y que no todos los políticos europeos se han instalado en el negacionismo del hecho religioso. Nicolas Sarkozy –polémico desde tantos puntos de vista, pero que ya siendo ministro había dicho algo tan insólito en Francia como que “no se puede dejar la religión a la puerta de la escuela”– pronunció un importante discurso sobre la “laicidad positiva” cuando, el 20 de diciembre de 2007, aceptó la dignidad de “canónigo de honor” de la basílica de San Juan de Letrán en Roma, de acuerdo con una vieja tradición francesa que concede a sus jefes de Estado, ese secular privilegio de la Santa Sede. Recordó cómo el bautismo de Clodoveo a finales del siglo V –antes por lo tanto de la citada conversión del visigodo Recaredo– convirtió a Francia en “hija primogénita de la Iglesia”. Subrayó que “lo mismo que el bautismo de Clodoveo, la laicidad es un hecho incuestionable en Francia” pero, “aún con todo –continuó– la laicidad no puede ser la negación del pasado. La laicidad no puede separar a Francia de sus raíces cristianas. Intentó hacerlo, pero no hubiera debido hacerlo. Como Benedicto XVI –añadió– considero que una nación que ignora la herencia ética, espiritual y religiosa de su historia comete un crimen contra su propia historia, contra esa mezcla de historia, patrimonio, arte y tradiciones populares que impregna tan profundamente nuestra manera de vivir y de pensar. Arrancar la raíz es perder la significación, debilitar la identidad nacional, desecar todavía más las relaciones sociales que tienen tanta necesidad de los símbolos de la memoria”.

En aquel importante discurso, el entonces Presidente de la República francesa afirmó además, entre otras muchas ideas, que “una persona que cree es una persona que espera, y el interés de la República es que haya muchos hombres y mujeres que esperan... porque la moral laica corre siempre el riesgo de agotarse cuando no está vinculada a una esperanza que llena la aspiración de infinito”. Para Sarkozy, la laicidad positiva que proponía es una “laicidad... vigilante siempre por la libertad de pensar de creer y no creer, [que] no considere que las religiones son un peligro, sino que son un valor”.

Lo que en aquella ocasión –hace poco más de siete años– dijo Sarkozy acerca de las raíces cristianas de Francia, creo que se puede aplicar a toda Europa, porque si se renuncia o se rechaza ese legado se está atentando contra la propia identidad y eso nos condenaría a un peligroso nihilismo que, desgraciadamente, a veces se percibe en las algunas actitudes de los responsables europeos.

He citado antes al cardenal Ratzinger y voy a volver a él porque creo que ha sido uno de los analistas más perspicaces de esta ruptura de Europa con sus raíces. Lo hizo, sobre todo, en una conferencia que pronunció en Berlín el 28 de noviembre de 2000, que amplió en la conferencia que dio por invitación del entonces Presidente del Senado de la República Italiana, el profesor Marcelo Pera, el 13 de mayo de 2004. El mismo Pera, catedrático en la Universidad de Pisa, había hecho una importante aportación sobre el mismo tema un día antes, cuando pronunció la *Lectio Magistralis* en la Pontificia Universidad Lateranense y, poco después, en la que dio aquí en Madrid, el 11 de diciembre de 2006. El intercambio intelectual entre Ratzinger y Pera, autores conjuntos de un libro titulado en italiano *Senza radici*, “Sin raíces”, es del máximo interés y me voy a detener brevemente en él.

Tanto para Ratzinger como para Pera, los principios y valores que Europa hace suyos –esos que figuran, precisamente en el preámbulo del Tratado de Lisboa que acabo de leerles– pierden su sentido si se les desconecta de sus raíces cristianas. Para ellos, la crisis moral que vive Europa proviene del olvido –más bien rechazo– de esas raíces cristianas y subrayan que una cosa es la separación de lo religioso y lo político, de la Iglesia y el Estado –principios esencialmente cristianos– y otra muy distinta el propósito de construir una Europa laica, vuelta de espaldas a Dios, ignorado y rechazado. Pera dice, literalmente, que “Europa no tiene una identidad europea porque, al negar el valor público de ese Dios que la ha bautizado, niega su identidad cristiana, es decir, su máximo componente”

Para Ratzinger, “Occidente se odia a sí mismo, un extraño fenómeno que puede considerarse como patológico; Occidente –y eso es laudable– se abre, pleno de comprensión, a los valores externos, pero no se ama a sí mismo; de su historia solo ve lo que es despreciable y destructivo, pero no es capaz de percibir lo que es grande y puro. Para sobrevivir, Europa necesita una nueva aceptación de sí misma, ciertamente crítica y humilde. La multiculturalidad –subraya– que es continuamente y con pasión estimulada y favorecida, es quizás, sobre todo, abandono y negación de lo que le es propio”. Para Marcelo Pera, “el multiculturalismo europeo no es el *melting pot* de Norteamérica, en el que la energía de las fusiones dio origen a la identidad norteamericana; es la consecuencia de la ausencia de identidad y de la incapacidad de integrar”.

El Papa Emérito estima cómo en los mundos no europeos de Asia y África, cunde la impresión de que el mundo de los valores de Europa, su cultura y su fe, sobre las que se basa su identidad, ha llegado a su fin y, propiamente, ha salido ya de la

escena. Y parece pensarse que ahora ha llegado la hora de los sistemas de valores de otros mundos, como la América precolombina, el islam o la mística asiática. Cuando vemos las vigentes modas del budismo, del indigenismo o el expansionismo islámico, no podemos dejar de estar de acuerdo.

Ratzinger escribe literalmente: “Europa, precisamente en esta hora de su máximo éxito, parece que se ha vaciado por dentro, paralizada en un cierto sentido por una crisis de su sistema circulatorio, una crisis que pone en riesgo su propia vida... Incluso étnicamente Europa aparece en trance de despedirse. Hay una extraña falta de voluntad de futuro. Los hijos, que son el futuro, se ven ahora como una amenaza para el presente... se les percibe no como una esperanza, sino como una limitación para el presente”. Y termina aludiendo a las similitudes con la decadencia del Imperio Romano. La gran crisis demográfica de la Europa actual como la defensa del llamado “derecho al aborto”, es un apabullante testimonio de una sociedad que parece negarse a seguir viviendo.

Pero en sus palabras late también una nota de optimismo, de esperanza. Frente a la tesis de Splenger, que consideraba inevitable la decadencia de Occidente porque, decía, como todas las civilizaciones tiene un ciclo vital que termina con su muerte, con su desaparición, Ratzinger apuesta por la visión de Toynbee que estima que toda civilización se enfrenta necesariamente con *retos* y que si sabe responder a ellos con la adecuada *respuesta*, puede superarlos. Europa ya lo ha hecho en varias ocasiones, por ejemplo cuando cae Roma o tras la crisis del siglo XX. Para Toynbee –que escribía esto hace más de medio siglo– la crisis de Occidente consiste en que se ha desplazado a la religión y se ha pasado al culto de la técnica, de la nación, del militarismo. Y a la visión biológica splengeriana contraponía una visión voluntarista que confía en la fuerza de las minorías creativas y de las personalidades singulares excepcionales.

Tanto Ratzinger como Pera se han referido ampliamente a la cuestión del relativismo, al que ya hemos aludido, que considera igualmente válido cualquier sistema de valores y que niega la superioridad de una civilización sobre cualquier otra. Concretamente, Huntington, al autor de la polémica tesis del choque de civilizaciones, ha escrito que “la fe occidental en la validez universal de su propia cultura tiene tres defectos: es falsa; es inmoral; es peligrosa”. Y sobre todo, añadimos, no es políticamente correcta en este momento histórico.

Pera combate muy duramente este punto de vista y se niega a aceptar que cristianismo e islam sean iguales o equivalentes. “Afirmo los principios de la tolerancia, de la convivencia, del respeto, hoy típicos de Occidente –escribe– pero

sostengo que, si alguien rechaza la reciprocidad de estos principios y nos declara su hostilidad o la *yihad*, entonces se debe tomar nota de que es nuestro adversario. En síntesis... –concluye– rechazo la autocensura de Occidente... a la que encuentro injustificada y llena de riesgos”. Pero hablar de reciprocidad hoy día no es tampoco políticamente correcto. He oído decir a algún político de izquierda que, en materia de derechos humanos, no cabe exigir la reciprocidad. Aunque ellos prohíban, nosotros no podemos ni debemos prohibir. Curiosamente ha sido un país como Noruega el que negó permiso para la construcción de una mezquita hasta que el país que la financiaba, la Arabia Saudí, no permitiera, por su parte la construcción de una iglesia cristiana.

Según el mismo Marcelo Pera, la base del relativismo sería “la idea de que no habría buenas razones para juzgar culturas o civilizaciones... Se trata de hacer pro-séritos a la idea de que no existen fundamentos sólidos para nuestros valores y que no se pueden aducir pruebas o argumentos suficientes para establecer que algo es mejor o vale más que otra cosa”. Según esta tesis relativista, los criterios son siempre *infra*, nunca *interculturales*. No existen *meta*-criterios que puedan fijar lo verdadero en sí mismo, lo bello para todos, lo bueno universal. Todos los criterios, se dice, son *contextuales*.

Los promotores de lo que hemos llamado el colapso de todas las certidumbres son la cabeza de un linaje que llega a Wittgenstein y a Derrida, el filósofo de la desconstrucción que, en realidad, ha asumido la destrucción de cuanto quedaba de los valores tradicionales. Ha desconstruido-destruido a la democracia, mostrando, según él, que es un ejercicio de fuerza, al Estado, que no sería mucho más que una mafia. En un sentido, por cierto, muy distinto al de San Agustín cuando reivindicando el fundamento moral del poder afirmó: *Remota itaque justitia, quid sunt regna nisi magna latrocinia?* Es decir, si abandonamos la justicia los reinos no serían más que vulgares bandas de ladrones.

Para el profesor Pera, el relativismo ha penetrado incluso en la teología cristiana y pone como ejemplo al teólogo Paul Knitter para quien todas las religiones son válidas y Jesucristo sería uno más (*uno fra i tanti*) entre los fundadores de religiones, en el mundo de los salvadores y liberadores.

Por otra parte, dicen algunos, ¿no es precisamente el relativismo el fundamento de la democracia que acepta como válidas todas las ideas? Pera se opone a esta afirmación y subraya que el auténtico fundamento no puede ser otro que los valores de la persona, de la dignidad, de la igualdad. Por mi parte recordaría

que no todos los sistemas que se autotitulan democracias, lo son realmente. Un viejo autor, Talmon, acuñó la expresión de “democracias totalitarias” y asignó la paternidad del concepto a Rousseau.

Pero desgraciadamente y hoy por hoy que todo esto no es sino una posición minoritaria que difícilmente se opone a la corriente mayoritaria del relativismo que, vuelvo a Ratzinger, “en cierto modo se ha convertido en la auténtica y propia religión del hombre moderno”.

Me he referido al principio a Tocqueville y, para ir terminando, quisiera volver a él leyendo una página de la segunda parte de *La democracia en América* que me parece de enorme relevancia porque, casi proféticamente, describe cómo llegarían a ser las sociedades democráticas si se olvidan de sus fundamentos morales:

“Pienso que la especie de opresión que amenaza a los pueblos democráticos no se parecerá a nada de lo que la ha precedido en el mundo... Las antiguas palabras de despotismo y de tiranía no le convienen. La cosa es nueva, hay que tratar de definirla puesto que no puedo darle un nombre”

“Si quiero imaginar bajo qué rasgos nuevos podría producirse el despotismo en el mundo, veo una multitud innumerable de hombres semejantes e iguales que giran sin descanso sobre sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres con los que llenan su alma... Por encima de ellos se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga por sí solo de asegurar sus goces y de vigilar su suerte. Es absoluto, minucioso, regular, previsor y benigno. Se parecería al poder paterno si, como él, tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril, pero, al contrario, no intenta más que fijarlos irrevocablemente en la infancia. Quiere que los ciudadanos gocen con tal de que solo piensen en gozar. Trabaja con gusto por su felicidad, pero quiere ser su único agente y exclusivo árbitro; se ocupa de su seguridad, prevé y asegura sus necesidades, facilita sus placeres, dirige sus principales asuntos, gobierna su industria, regula sus transacciones, divide sus herencias ¿no podría quitarles por entero la molestia de pensar y el trabajo de vivir?” –se pregunta un tanto irónicamente el autor liberal francés–.

“De este modo –continúa– cada día se hace menos útil y más raro el uso del libre albedrío; el poder circunscribe así la acción de la voluntad a un espacio cada vez menor, y arrebatada poco a poco a cada ciudadano su propio uso. La igualdad ha preparado a los hombres para todas estas cosas: para sufrirlas y con frecuencia hasta para mirarlas como un beneficio... no destruye las voluntades, las ablanda, las doblega y las dirige; rara vez obliga a obrar, se opone constantemente a que se obre; no mata, impide nacer; no tiraniza, mortifica, reprime, enerva, apaga, embrutece y reduce al cabo a toda la nación a rebaño de animales tímidos, industriosos cuyo pastor es el gobierno”.

Quizás Tocqueville exageraba un tanto algunos rasgos de las modernas sociedades que él adivinaba y se equivocaba en otros, pero ¿no es todo esto una visión anticipatoria de ese “Estado de bienestar” sobredimensionado y omnicomprendivo que se ha sacralizado como expresión de lo políticamente correcto, y que quien lo contradice mínimamente o, simplemente, lo modula o matiza, es condenado sin remedio? Se percibe al Estado como un protector absoluto que nutre, educa y provee a las mínimas necesidades. No estamos ante la “red de seguridad” que proponen los pensadores liberales sino, como ha dicho también alguien, ante un taller que debe reparar obligatoriamente cualquier avería que suframos en el transcurso de la vida. Un sistema que siempre habla de derechos y exige continuamente su ampliación, pero jamás alude a los recíprocos deberes. Tampoco es políticamente correcto. Pocos piensan que el Estado se cobra esa función providente de una manera que, frecuentemente, atenta a la propia dignidad de la persona, al tiempo que esquilma sus bolsillos.

¿No se percibe ahí, también, la obsesión por *lo público*, mantra indiscutible que reduce cada vez más el ámbito de decisión personal y el ámbito de la propia intimidad? ¿O esa otra estúpida idea según la cual el dinero público no es de nadie y, por lo tanto se puede dilapidar impunemente, acompañada de esa otra obtusa ilusión de que todo lo que proviene del Estado es gratis?

El George Orwell de *1984* o el Aldus Huxley de *Un mundo feliz* no tendrían demasiados inconvenientes en descubrir en las sociedades, democráticas o no, que espían a sus ciudadanos y hasta controlan el uso que hace de internet, muchos de los rasgos que ellos anticipaban en los despotismos del futuro. Unos despotismos que todos ellos tienen un punto común de partida: La falta de respeto por la dignidad del ser humano, por su conciencia y por su ámbito de intimidad, que son los valores supremos sobre los que se asienta todo ese conjunto de valores, a los que nos hemos referido en esta intervención y que han hecho del mundo occidental la sociedad más libre que ha existido sobre el planeta. Aunque también haya sido la que inventó los totalitarismos.

Europa, que sale trabajosamente de la recesión económica, pero todavía no de la profunda crisis en que está sumida, se encuentra ahora ante una encrucijada de caminos. El futuro no está en las posturas renacionalizadoras, que algunos proponen. El nacionalismo ha sido una de las causas más evidentes de la gran tragedia europea del siglo XX y, además, volvería a convertir a nuestro continente en una mosaico semitribal de etnias y naciones, condenadas a la insignificancia en

este mundo globalizado donde imperan los grandes conjuntos, como Estados Unidos, China, India, Rusia, Brasil... Cada una de nuestras pequeñas naciones, aisladas, no tiene porvenir. Nuestro futuro está en Europa, en una Europa que recupere su identidad perdida porque sea capaz de volver a hacer suyos los valores espirituales y humanistas que la han conformado milenariamente. Volvamos al pensamiento –y a la acción– de nuestros Padres Fundadores, de los que nos hemos ocupado en esta intervención, que vieron con claridad dónde estaba nuestro futuro y cuál era el camino para alcanzarlo.

Alejandro Muñoz-Alonso

Bibliografía

- Paul Johnson: *Tiempos Modernos*. Hay varias ediciones.
- Jon Meachan: *Franklin and Winston*. Random House. 2004.
- Margaret MacMillan: *The War that ended Peace*. Profile Books. 2013
- Max Hastings: *1914. El año de la catastrophe*. Crítica. 2013.
- Cristopher Clark: *Sonámbulos. (Cómo Europa fue a la guerra de 1914)*. Galaxia Gutenberg. 2014.
- Joseph Ratzinger: *Europa. (I suoi fondamenti oggi e domani)*. Ed. San Paolo. 2004.
- Marcello Pera/Joseph Ratzinger: *Senza Radici*. Mondadori. 2004.
- Joseph Ratzinger: *Verdad, valores, poder (Piedras de toque de la sociedad pluralista)*. Rialp. 2005.
- Charles de Gaulle. *Mémoires d'espoir. Le Renouveau*. La Pléiade. Gallimard. 2000.
- Philippe Nemo: *¿Qué es Occidente? Gota a Gota*. 2006.
- Louis Rogier: *El genio de Occidente*. Unión Editorial. 2001.
- Nicolas Sarkozy: *La República, las religiones, la esperanza*. Gota a Gota. 2006.
- Alexis de Tocqueville: *La Democracia en América*. Hay varias ediciones.
- George H. Sabine: *Historia de la Teoría Política*. Fondo de Cultura Económica. 1945.
- José Antonio Maravall: *El concepto de España en la Edad Media*. Instituto de Estudios Políticos. 1964.
- Luis Díez del Corral: *El rapto de Europa*. Revista de Occidente. 1954.
- Paul Hazard: *La crisis de la conciencia europea*. Ediciones Pegaso. 1952.
- Ernst Nolte: *El fascismo en su época*. Península. 1965.
- Denis de Rougemont: *Tres milenios de Europa. (La conciencia europea al través de los textos. De Hesiodo a nuestro tiempo)*. Revista de Occidente. 1963.
- Maurice Allais: *L'Europe face a son avenir: que faire?* Laffont/ Juglar. 1991.
- René Girard: *Des choses cachées depuis la fondation du monde*. Grasset. 1978.

Alejandro Muñoz-Alonso Salmantino de origen y madrileño de adopción, Alejandro Muñoz Alonso ha desarrollado su actividad en tres campos diferentes, la Universidad, el Periodismo y la Política. Licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca y doctor por la Complutense, donde también se licenció en Ciencias Políticas, ha sido catedrático en esta última Universidad y actualmente lo es en la Universidad CEU San Pablo. Su actividad periodística se ha desarrollado en diferentes medios de comunicación, *Cambio 16*, *Diario 16*, *ABC*, *La Razón*, *La Gaceta de los Negocios* y actualmente en *El Imparcial*. Diputado por Madrid desde 1989 y senador desde 2000, también por Madrid, en su faceta política se ha ocupado de cuestiones relacionadas con la Defensa, los Asuntos Exteriores, la Unión Europea y la OTAN. Una veintena de libros e innumerables artículos, tanto científicos como periodísticos, sobre las materias objeto de su docencia e investigación, son el fruto de esta múltiple actividad.